

UN TESORO EN NUESTRAS AGUAS



La fragata de la Armada Británica de 80 cañones Sussex, que formaba parte de la flota de 40 navíos que comandaba el Almirante Francis Wheeler, se fue a pique en 1694 cerca del Peñón de Gibraltar. Por sus manifiestos de carga, conservados en el Museo de la Marina Británica, se sabe que llevaba a bordo en forma de lingotes 10 toneladas de oro y 100 de plata, para pagar favores al Duque de Saboya: la Corona pretendía que se pusiera del lado británico, en contra de los franceses. Un violento temporal de levante destruyó la flota. Naufragaron muchos navíos, dejando en el fondo un patrimonio que hoy podría cifrarse en más de 4.000 millones de euros. Las crónicas de la época aseguran que sólo sobrevivieron dos tripulantes del Sussex, y que el cadáver del Almirante Wheeler fue encontrado días después en las costas de la Línea con el pijama puesto. El pecio está a unos 900 metros de profundidad, a 8 millas de la playa de la Atunara, y a menos de 15 de Sotogrande.

Aunque la noticia del hallazgo de los restos de esta Fragata saltó a los medios de comunicación nacionales hace unas semanas, llevo cuatro años informando sobre las misteriosas actuaciones de un grupo norteamericano de caza-tesoros, de nombre Odyssey, que se han venido moviendo por nuestras aguas territoriales a bordo de sofisticados barcos de búsqueda submarina.

Los hechos comenzaron de forma secreta el año 2001, cuando nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores se puso en contacto con la Dirección de Bellas Artes del Ministerio de Cultura, para recomendarles un importante proyecto de alcance arqueológico. Meses después, la Junta de Andalucía se hizo eco de la noticia, y se indignó por no haberles notificado la operación, a pesar de realizarse sobre bienes culturales de su exclusiva competencia. Entonces, el Gobierno de la Nación argumentó que las aguas en las que se estaba trabajando generaban una situación de conflicto con el Reino Unido, dada la interminable discusión que nuestro país lleva soportando sobre si Gibraltar tiene o no aguas jurisdiccionales. Sin embargo, al final la Junta aceptó el veredicto del Consejo de Ministros, no sin antes verse inmersos en varias trifulcas y demandas judiciales.

Odyssey se venía haciendo a la mar desde el puerto de Sotogrande en un barco francés de nombre Mini Bex. Cuando me decidí a seguir su rumbo en la mar, aprecié que, en excepcionales ocasiones, iban a bordo funcionarios españoles, como es preceptivo cuando se trabaja en nuestras aguas, aunque lo incierto del misterioso permiso que ostentaban era que cada día navegaban por un lugar diferente, y por consiguiente sin ceñirse a las coordenadas en Longitud y Latitud en las que el Ministerio de Cultura les había permitido moverse en nuestras aguas territoriales. Esto lo sabía gracias a las informaciones de un amigo, que tuvo acceso al permiso en cuestión. La empresa norteamericana tenía autorización para realizar "búsquedas", no para sacar objetos del agua. Además, en la solicitud que Odyssey había presentado nunca se había dicho que la operación tuviese tintes comerciales; sus responsables insistían en el carácter científico y arqueológico de sus trabajos. Sin embargo, a través de la página de Internet de la compañía ofrecían viajes a los lugares de búsqueda a cambio de una cantidad de dinero. Varios grupos de posibles inversores llegaron a nuestro Puerto para embarcar en el Mini Bex. El hecho de que el "supuesto" pecio del Sussex se encontrara a más de 800 metros de profundidad, imposibilitaba a priori cualquier acción arqueológica rigurosa, por lo que el Ministerio de Cultura no les renovó el permiso a su caducidad.

Por otra parte, Odyssey jamás envió a Patrimonio la Memoria

Científica de la búsqueda, y cuando no iban a bordo del Mini Bex los funcionarios Españoles, ponían en la mar sus aparatos en lugares muy alejados de aquellos para los que tenían permiso. Este extremo lo pude constatar las muchas ocasiones que navegué a su lado, con la apariencia de ser un plácido y despistado navegante a vela.

Durante el año 2002 algunos medios de comunicación se hicieron eco de la noticia tras enviarles la historia. Semanas después, la Guardia Civil de la Mar, por orden de la Junta, interceptó al barco Mini Bex, y fue expulsado de nuestras aguas. Pero lo grave del asunto era que los norteamericanos se llevaban un verdadero tesoro en forma de cartas y posiciones de los muchos barcos que naufragaron a lo largo de los siglos en las aguas cercanas al Estrecho.

Este invierno pasado volvieron a la carga desde el puerto de Gibraltar, apoyados por un bufete de Madrid, que ha tratado de justificar en intereses internacionales lo que no es más que una flagrante violación de nuestras aguas. La Guardia Civil de la Mar tuvo que interceptarlos en varias ocasiones cuando campaban a sus anchas dentro de nuestras doce millas náuticas. Jugaron al gato y al ratón con nuestra Policía Marítima, escondiéndose en los puertos de Marruecos y Gibraltar cada vez que nuestras patrulleras iban a interceptarlos. Supuestamente, tenían una autorización verbal de la Dirección de la Marina Mercante, hasta el extremo que la Capitanía Marítima de Algeciras protegía sus andanzas con avisos a los navegantes.

La emisión de varios programas de televisión en Tele 5, Antena 3, y en el Telediario de Lorenzo Milá en la Uno de TVE, forzaron a que Fomento y Cultura no tuvieran más remedio que tomar cartas en el asunto, destapando la supuesta connivencia existente entre Odyssey y algunos altos funcionarios de Patrimonio y el Ministerio de Fomento.

Si es verdad que los restos encontrados por Odyssey pertenecen a la fragata británica Sussex, está claro que España no puede tocarla, dado que se trata de un barco que pertenecía a la armada de un estado. Pero tampoco los británicos pueden acceder a ella sin nuestro permiso por estar en aguas territoriales españolas. Se impone un acuerdo entre ambos países, en el que se determine el rol que a cada uno le tocará jugar. Se acabaron aquellos tiempos en los que políticos y funcionarios jugaban con las cosas que nos pertenecen a todos, sin rendir cuentas a los verdaderos propietarios del patrimonio cultural español, que, en fin de cuentas, somos todos los españoles. El rescate del impresionante tesoro de la fragata Sussex nos deparará a los habitantes de Sotogrande nuevos e inesperados acontecimientos en los próximos meses. Yo espero que alguno de los valiosos objetos que se recuperen se depositen en un museo cercano, y contribuyan al mejor conocimiento de la historia naval universal.